
DESDE UN *FIN-DE-SIECLE* A OTRO UN OBLIGADO RECUERDO DE MANUEL SALES Y FERRE

PRESENTACION

José Enrique Rodríguez Ibáñez

Universidad Complutense de Madrid

Entre 1894 y 1897 publicaba Manuel Sales y Ferré, en tres volúmenes, su *Tratado de Sociología*, a mi juicio la más emblemática de las obras pertenecientes a la sociología decimonónica española.

El autor, que provenía de las filas del krausismo —concretamente, ha sido considerado por Elías Díaz como perteneciente a la «tercera promoción de discípulos de Sanz del Río»¹—, era entonces catedrático de Historia en la Universidad de Sevilla. Posteriormente, en 1899, pasó a ocupar la primera cátedra de Sociología dotada en España, en la Facultad de Filosofía de la Universidad Central de Madrid. Nacido en 1843, habría de fallecer en 1910, sin ver publicada la que sería su obra póstuma y más madura, fruto de las explicaciones profesadas en la nueva cátedra: una *Sociología General* aparecida en 1912, en edición compuesta por su discípulo Domingo Barnés. Dejaba tras de sí una muy considerable producción más que atenta a la literatura relevante de las ciencias sociales de la época y con unos ribetes personales no desmesuradamente originales aunque tampoco meramente miméticos².

¹ Véase Elías DÍAZ, *La filosofía social del krausismo español*, Madrid, Edicusa, 1973, p. 183.

² Sales y Ferré publicó, además de los ya mencionados, los siguientes títulos: *El descubrimiento de América*, *Historia Universal* (2 vols.), *Estudios arqueológicos*, *Historia General* (que fue premiada y elegida como texto por la Dirección de Instrucción Militar en 1884), *Prehistoria y origen de la civilización*, *El hombre primitivo y las tradiciones orientales*, *Filosofía de la muerte*, *Civilización europea* (folleto), *Métodos de enseñanza* (folleto) y *Problemas sociales* (1910).

No se puede decir que Sales y Ferré esté olvidado entre nosotros. De hecho, existen dos libros dedicados en exclusiva a él, siendo, además, justamente mencionado por los historiadores de la Sociología española como uno de nuestros más relevantes protosociólogos³. Sin embargo, lo que el autor nos inspira sufre por lo común de una suerte de halo letárgico que lo sitúa en las catacumbas de la disciplina y no donde debe estar, es decir, entre los clásicos menores de una corriente y de un contexto.

Sales y Ferré pertenece por derecho propio a la generación de sociólogos europeos que —como Durkheim y Max Weber— ayudan a consolidar académicamente la nueva ciencia en sus respectivos países, esforzándose en dotarla de un estatuto teórico y metodológico propio. Ante la hipotética disyuntiva de la «polémica sobre el método», Sales y Ferré opta en el *Tratado* por identificar ciencia social con positivismo y evolucionismo. En este momento de su carrera, el autor es plenamente decimonónico y redacta su *corpus* sociológico como una monumental historia natural de la humanidad, que va desde las «sociedades comunistas» (tribu, fratria y gens) hasta la «nación», pasando por el «matriarcado», el «patriarcado» y la «ciudad». Los ecos y las referencias de, por ejemplo, Bachofen y Morgan son constantes, adquiriendo el conjunto un inequívoco perfume de antropología evolutiva darwinista y agresivamente eurocéntrica (el mismo que posee *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels, aunque los ideales de civilización hacia los que apuntan ambos autores sean, como veremos, muy distintos).

No obstante, Sales y Ferré es capaz de aderezar el hilo del discurso con reflexiones y *excursus* que se salen del fárrago enciclopédico y, aparte de suministrar piezas maestras del retórico candor del siglo XIX, adelantan una visión del orden social como esfera autónoma distinta de la naturaleza. Véase, si no, el siguiente pasaje del volumen I del *Tratado*, en el que el autor teoriza sobre el nacimiento de la religión, sopesando la relevancia del animismo y el totemismo:

³ Véanse: Manuel NÚÑEZ ENCABO, *Manuel Sales y Ferré: los orígenes de la sociología en España*, Madrid, Edicusa, 1976; Rafael JEREZ MIR, *La introducción de la sociología en España. Manuel Sales y Ferré: una experiencia truncada*, Madrid, Ayuso, 1980; Enrique GÓMEZ ARBOLEYA, «Sociología en España», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 98, 1958 (posteriormente incluido en E. GÓMEZ ARBOLEYA, *Estudios de teoría de la sociedad y del Estado*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1962 [2.^a ed., Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982], y en Salvador Giner y Luis Moreno [comps.], *Sociología en España/Sociology in Spain*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990); Salvador GINER, *Historia del pensamiento social* (libro VI, cap. II), Barcelona, Ariel, 1994 (ed. orig., 1967); Francisco J. LAPORTA, *Adolfo Posada: política y sociología en la crisis del liberalismo español* (apéndice: «Posada y la historia de la sociología española»), Madrid, Edicusa, 1974; Luis SAAVEDRA, *El pensamiento sociológico español*, Madrid, Taurus, 1991, y Enrique MARTÍN LÓPEZ, «La concepción de la Sociología en Sales y Ferré», en VV.AA., *Escritos de Teoría Sociológica en homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992. Diré de pasada que la aproximación historiográfica a la sociología en España ha sido muy parcamente cultivada, y menos en trabajos de conjunto. Constituye una excepción el libro de Saavedra citado, que dedica casi su mitad a sistematizar los aspectos sociológicos de Ortega y Gasset, resumiendo las figuras y períodos precedentes con mayor premura (y, añadiría yo, con escasa comprensión en lo relativo a Sales y Ferré).

«¿De dónde se originó el tótem? No se concibe que pueda dimanar de otra fuente que del sentimiento religioso. Al estado inferior de cultura en que se hallaba el hombre de este tiempo, correspondía en lo religioso lo que ha dado en llamarse *animismo*. Esto nos lleva al origen mismo de la religión. Dijo un antiguo poeta: “*Timor fecit primos deos*”, frase que no ha dejado de hacer fortuna, repitiéndola de vez en cuando, hasta en los modernos tiempos, filósofos e historiadores. Pero lo que se tolera a un poeta no tiene perdón en un científico. Miedo y espanto causan a los animales el ruido del trueno, el estallido del relámpago, los temblores de tierra y, sin embargo, a nadie se le ha ocurrido pensar que los animales puedan tener dioses. No: el origen de la religión está mucho más hondo; radica en la conciencia de la relación de causalidad. El día en que el primer rayo de luz brotó en la conciencia humana y a su resplandor el hombre vio que era doble, que estaba dotado de dos fuerzas, dos agentes, invisible el uno y el otro visible, el espíritu y el cuerpo, y reconoció que el primero era el causante de todos los actos que el segundo ejecutaba, en ese día nació la religión.»

Se advertirá que Sales y Ferré bordea argumentos parecidos a los que dieciocho años más tarde perfeccionará Durkheim magistralmente en *Las formas elementales de la vida religiosa* (el primer volumen del *Tratado* aparece en 1894). Le falta a nuestro recordado clásico patrio dar el salto que va del animismo al totemismo como auténtica religión en sentido sociológico o identitario, pero no por ello las intuitivas concomitancias predurkheimianas dejan de poseer atractivo.

Sales y Ferré saluda a pie de página en el *Tratado* la aparición de *Las reglas del método sociológico*, de Durkheim, como aportación de relieve. No es de extrañar, pues él mismo, según acabo de señalar, presagiaba que el método naturalista había ya entonado su canto de cisne y que el estudio científico de la sociedad debía lograr construir un objeto de conocimiento *sui generis*. Este es el camino que tanteará precisamente en su trabajo póstumo y no enteramente rubricado, *Sociología General*.

¿Deberíamos hablar, por tanto, de Sales y Ferré sólo como de «un Durkheim a la española»? Contentarse con eso no sería del todo justo. Porque si es cierto que se pueden establecer paralelismos, el proceso de maduración intelectual del autor español posee un itinerario reflexivo propio que, por lo demás, se enmarca en la onda de formalización de la teoría sociológica europea clásica.

Aparte de ello, las conclusiones sociopolíticas a las que va a parar el *Tratado* —y que son las que me he permitido expurgar— gozan de una sorprendente actualidad, como si Sales y Ferré pudiera vislumbrar nuestro fin de siglo desde la perspectiva del suyo, haciendo abstracción de un mortífero siglo XX que él no conoció en puridad y cuya mejor enseñanza sería el no tratar jamás de repetirlo. Naturalmente que las bienintencionadas conclusiones del autor se corresponden con el optimismo europeo de la *belle époque*, pero,

una vez más, no hay motivo ninguno para soslayar el acento personal de Sales y Ferré.

La atmósfera *fin-de-siècle* gravita ciertamente sobre la conciencia occidental contemporánea y no faltan incluso teorizaciones sociológicas al respecto⁴. Con la sensación de que la era moderna se agota, y con un notable grado de escepticismo a nuestras espaldas, contemplamos el siglo XXI y el tercer milenio con curiosidad e incertidumbre, aunque ya sin los entusiasmos ni los reverenciales temores que el año 2000 suscitaba pongamos que en la década de los pasados sesenta. Por el contrario, la entrada en el siglo XX se anticipó habitualmente en Europa de forma triunfal, como culminación de la utopía científico-técnica y el éxito pacífico de la ingeniería social. En este sentido, *A modern Utopia*, de H. G. Wells, resulta ser un ensayo prototípico que recoge el sentir al respecto de la literatura de anticipación del período⁵. Las esperanzas, claro está, se desvanecieron al estallar la Primera Guerra Mundial.

Es ese precisamente el aliento que recorre las páginas de Sales y Ferré aquí reproducidas. Parte el autor de utilizar un llamativo concepto —la «timocracia»— para designar lo que hoy conocemos como sociedad industrial, sociedad burguesa o capitalismo clásico. Para Sales y Ferré, la «nación timocrática» es un estadio efímero que instaura a la propiedad y a la meritocracia como ejes estructurales del orden social. Las injusticias en su seno son notorias —de ahí la aparición del socialismo marxista como movimiento crítico—, pero la tendencia hacia la libertad es más fuerte que la tendencia hacia el colectivismo, concluyendo, por consiguiente, el autor que, pasadas las turbulencias «timocráticas», el cambio de siglo instaurará el nuevo estadio «democrático».

La «nación democrática» de Sales y Ferré es la que, según él mismo escribe, «hermana la libertad del individuo con la solidaridad del conjunto». En términos actuales podemos entender que el autor preconiza una síntesis de democracia política y Estado del bienestar —con otras palabras, el ideal realista al que nos han conducido los excesos del agonizante siglo XX—. La democracia, para Sales y Ferré, es el justo término que evita los extremos del colectivismo y

⁴ Véanse: Stjepan MESTROVIC, *The coming «fin-de-siècle». An application of Durkheim's sociology to modernity and postmodernism*, Londres, Routledge, 1992, y Jeffrey ALEXANDER, «*Fin-de-siècle*» social theory. *Relativism, reduction and the problem of reason*, Londres, Verso, 1995.

⁵ *A modern Utopia* apareció en 1905. Veintiocho más tarde, Wells cambiaba el diseño de sus pronósticos, anticipando, en *The shape of things to come* (1933), el inminente estallido de una nueva guerra mundial iniciada por Alemania, con sus devastadoras consecuencias. También España produjo anticipaciones optimistas de ciencia-ficción a finales del siglo XIX. Por ejemplo, Nilo María Fabra fabulaba en 1889 un «Viaje a la República Argentina» en el año 2003, en el cual la descripción de los adelantos técnicos —como los expresos transcontinentales submarinos— se hace coincidir con el relato de un aparatoso final de la hegemonía estadounidense en América y el paso a primer término de una poderosa comunidad de naciones hispanoamericanas. Véanse a este respecto: José Enrique RODRÍGUEZ IBAÑEZ, «El género de anticipación como Sociología», en VV.AA., *Escritos de Teoría Sociológica en homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992, y Nil SANTIÁÑEZ-TIÓ, *Antología de la ciencia-ficción española, 1832-1913*, Barcelona, Quaderns Crema, 1995.

de la insolidaridad individualista exacerbada. Si las críticas del autor al primero de esos extremos nos resultan ya históricas tras el colapso del comunismo, las críticas de Sales y Farré al individualismo exagerado —esas curiosas denuncias de la «bancocracia» y el «agiotaje»— nos siguen pareciendo familiares en los tiempos que corren de especulación y fraude. Sales y Ferré abomina del capitalismo especulativo y salvaje con la misma indignación que exhibirá Veblen, en 1899, en su *Teoría de la clase ociosa*.

La solución que preconiza nuestro clásico es la adopción de un modelo neocorporativo que se asemeja a la «solidad orgánica» de Durkheim y evoca, *mutatis mutandis*, las modernas políticas de concertación social. Pero hay algo más, y es la convicción por parte de Sales y Ferré de que todo ello no es pensable si Europa no inicia un proceso de integración continental. Se trata de una profesión de fe europeísta no infrecuente en el pensamiento social español —así concluye también, recuérdese, *La rebelión de las masas*, de Ortega—, que es lo que probablemente más acerque a la sensibilidad de hoy a Sales y Ferré. Al mismo tiempo, el autor vaticina un camino histórico que, afortunadamente, Europa prosigue con tenacidad no exenta de altibajos desde 1959, una vez escarmentada de los sangrientos episodios bélicos inaugurados en 1914 y 1939.

En el hiperbólico «Proemio» que abre el primer tomo del *Tratado*, Sales y Ferré define así sus cuitas y ansiedades de autor:

«Nunca la distancia de la idea al hecho, de la concepción a la obra, me ha parecido tan grande ni me ha llevado tanto tiempo el andarla como en la materia del presente tomo (...) ¡Qué de veces el suelo ha faltado a mis pies y cuántas otras, pisando en firme, me he quedado casi a oscuras, sin saber con firmeza hacia dónde guiar mis pasos! (...) ¡Qué de vacilaciones y qué de contrariedades! Vuelta atrás para orientarme, vuelta a ojear y compulsar monografías cien veces vistas, días y más días, uno y otro mes, hasta que al cabo, resultado de esa perenne labor que realiza el pensamiento allá en la misteriosa región de lo inconsciente, aparecía en el horizonte de mi entendimiento tenue claridad.»

Pues bien, aunque no fuera más que por conocer los pasos lógicos que llevan a don Manuel Sales y Ferré a la conclusión europeísta antedicha, vale la pena recordarle. Sus desvelos alcanzan con merecimiento la recompensa de la posteridad. Y ojalá que, aun a cien años de distancia, acabe por tener razón...